

En estas diferentes ocupaciones se pasó el año de noviciado, y San Francisco de Sales quiso que el mismo día 6 de Junio, fiesta de San Claudio, primer aniversario de la apertura de la casa y de la toma de hábito de sus tres primeras hijas, fuese también el de su profesión. Después de haberse asegurado de las disposiciones de las tres novicias y del gran deseo que tenían de consagrarse á Dios, las recordó que todo lo que se le ofrece debe purificarse con el fuego del amor, y las excitó á redoblar su fervor para prepararse á esta gran solemnidad. La santa Madre de Chantal, sobre todo, esperaba con impaciencia el momento de hacer la irrevocable ofrenda de sí misma á Nuestro Señor.

« ¡Oh! ¡Cuándo llegará este día feliz—escribía—en que debo hacer la irrevocable ofrenda de mí misma á mi Dios! Su bondad me ha llenado de un sentimiento tan fuerte y tan extraordinario, de la gracia tan grande que es el ser toda suya, que si este sentimiento dura en toda su fuerza, me consumirá. Nunca he tenido deseos y afectos tan ardientes de la perfección evangélica. Me es imposible explicar lo que siento, ni tampoco la grandeza de la perfección á que Dios me llama. ¡Ay! á medida que me resuelvo á ser muy fiel al amor de este dulce Salvador, me parece más imposible poder corresponder á la grandeza de este mismo amor. ¡Oh! y qué cosa tan penosa es amar, y ver delante la terrible barrera de nuestra impotencia (1). »

No obstante, en medio de este seráfico ardor, la venerable Madre de Chantal tenía en el corazón una herida que sangraba siempre, y que al acercarse la profesión volvió de nuevo á abrirse. Era el recuerdo de sus hijos, de Celso Benigno sobre todo, de quien le había sido preciso separarse. Al menos Francisca vivía con ella; María Amada, que vivía á dos ó tres leguas de dis-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 131.

tancia, venía todas las semanas á Annecy. En el momento de la profesión, una y otra estarían á su lado, y con su presencia engañarían en cierto modo á su corazón, endulzando su sacrificio. Pero á Celso Benigno hacía un año que no le había abrazado. ¿Cuándo le volvería á ver? Con este pensamiento, se despertaron sus dolores con la misma vehemencia que el día en que pasó por el cuerpo de su hijo. « ¡Oh Dios! mi querida hija—la escribe San Francisco de Sales;— os recomiendo nuestro pobre corazón; alivíadle y animadle; es el cordero del holocausto que tenemos que ofrecer á Dios. » « ¡Ay!—la dice también—hace doce años que tuve la gracia de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa en el monasterio de la santa Viuda Romana (Santa Francisca) con mil deseos de ser devoto suyo toda mi vida. Así como es nuestra santa Patrona, debe ser también nuestro modelo. Amaba tanto á su pequeño Bautista, como vos á vuestro Celso Benigno; pero dejó á Dios que hiciera de él lo que fuese su voluntad divina, y le hizo un hijo de honor y salvación; así espero yo lo hará también con el hijo de mi muy querida Madre (1). »

No contento con preparar los corazones, San Francisco de Sales se ocupaba también en todos los detalles de la ceremonia.

La primera cuestión que se presentó fué la del velo simbólico que la Iglesia ha puesto siempre sobre la cabeza de las que se consagran á Dios. La Madre de Chantal había deseado al principio que las Hermanas llevasen un velito blanco debajo del negro, pero San Francisco de Sales desechó esta idea (2). Propuso entonces los velos de crespón negro creyendo no se podían hacer con otra clase de telas; pero el bienaventurado, con su profunda humildad, respondió: «Sería muy delicado y

(1) Carta del 9 de Marzo de 1611.

(2) *Proceso de beatificación. Memorias inéditas de la Madre de la Croix*, tomo II, pág. 527.

muy rico para vosotras, que hacéis profesión de tan gran sencillez y pobreza; es menester hacerlos de estameña;» lo que hicieron al instante con un vestido que llevaba la Madre de Chantal en el mundo, porque no tenían con qué hacerlos nuevos. Quedaba aún por determinar el modo con que este velo debía colocarse en la cabeza de las Hermanas. La santa Madre de Chantal lo hizo poner de diferentes modos en la cabeza de la Madre de Brechard. El Santo Obispo, que estaba presente, escogió el que le pareció más conveniente, y tomando unas tijeras redondeó él mismo el velo por detrás, del mismo modo que hoy le llevan las hijas de la Visitación (1).

Arreglado así el velo, se ocuparon las Hermanas en adornar el altar, á cuyo pie debía consumarse el sacrificio. El señor Presidente Favre había prometido á su hija enviarla veinte escudos para esto, pero aún no se había recibido el dinero. Para suplirlo, las Hermanas Favre y Brechard pensaron en tomar cuatro ó cinco monedas de oro que San Francisco de Sales les había dado hacía poco tiempo para que se gastasen únicamente en servicio y alivio de los enfermos.

Se lo dijeron á la Madre de Chantal, y la persuadieron de que no era faltar á la obediencia emplear este dinero en adornar el altar, pues que lo volverían á poner en el arca en cuanto lo enviara el Presidente Favre. La santa Madre condescendió con su deseo; pero apenas dió el permiso cuando se arrepintió, y escribió al momento un billete á San Francisco de Sales acusándose humildemente de su falta. El Santo Obispo, que no sabía las instancias que las Hermanas habían hecho á

(1) La santa Madre de Chantal es la que nos cuenta por sí misma estas escenas encantadoras, donde se oculta con tanto cuidado para dejar todo el lugar á su bienaventurado Padre. (Véanse las *Memorias manuscritas de la Madre de Chantal*. Véanse también la *Historia de la fundación de Annecy* y la *Relación de lo que pasó en la casita de la Galeria*.)

la Madre de Chantal, sintió mucho esta desobediencia, y al otro día por la mañana fué al convento para manifestar su disgusto. En cuanto la Santa le vió de lejos, corrió á echarse á sus pies, deshaciéndose en lágrimas, y reñovando humildemente la confesión de su falta. «Hija mía—le dijo el bienaventurado con rostro grave y triste,—esta es la primera vez que me habéis desobedecido; me habéis hecho pasar mala noche.» No añadió ni una sola palabra más, y la dejó llorar de rodillas por espacio de más de un *Miserere* sin decirle nada. Aún se enseña en el jardín el lugar donde pasó esta tierna escena de humildad y arrepentimiento.

El adorno del altar se resentía de la pobreza de las Hermanas; habían empleado como cortinas, sábanas blancas guarnecidas de ramilletes de flores campestres, lo que, por lo demás, daba tanta suavidad, y había puesto tan olorosa la capilla, «que al entrar en ella—dice un testigo—se creía entrar en el jardín del Esposo, entre las flores de los campos y los lirios de los valles.»

El 6 de Junio de 1611, día prefijado para la profesión, San Francisco de Sales vino muy de mañana para confesar á sus tres queridas hijas, y excitarlas con celestiales palabras á realizar perfectamente su sacrificio (1). Su rostro estaba inflamado, y se veía brillar en su hermosa figura una dulce alegría mezclada con una majestuosa y extraordinaria gravedad. Después de la confesión, fué cuando la Madre de Chantal renovó de un modo más especial los votos que había hecho de obediencia á San Francisco de Sales, rogando á Dios la

(1) La Madre de Chaugy dice en sus *Memorias*, pág. 132, que San Francisco de Sales vino á confesar á sus tres hijas el 5 de Junio por la tarde. En la *Fundación de Annecy* dice que fué el 6 por la mañana. Se hallan continuamente en las *Memorias de la Madre de Chaugy*, en sus *Vidas de las primeras Madres* y en sus *Fundaciones inéditas*, estas pequeñas contradicciones, á las cuales no daba ninguna importancia, y de las que no volveremos á hacer mención, contentándonos con seguir la opinión que nos parezca más probable.

guiase y dirigiese por medio de este gran Santo, á quien llamaba padre de su alma, pidiéndole la gracia del perfecto amor en la obediencia, é invocando para alcanzarla á muchos Santos, y en particular al santo patriarca Abraham, al cual tenía una especial devoción desde el día en que, á ejemplo suyo, tuvo valor para sacrificar á su propio hijo (1).

Después del Evangelio, el Santo Obispo, vestido de Pontifical, subió al púlpito. Las tres novicias, colocadas en el santuario y sentadas en el suelo, atraían todas las miradas por la modestia y la humildad de sus rostros, resplandecientes de amor. El Santo las comparó con los tres granos de trigo que se echan en una tierra estéril hasta entonces, y que se multiplican de tal modo, que el país se enriquece en pocos años. «Y así—añadió con espíritu profético—veremos que estas tres pequeñas almas que la providencia de Dios ha sembrado en este rincón de la tierra, se multiplicarán sin número, y la misericordia divina las bendecirá con gran prosperidad, y será glorificada en ellas.»

Acabado el sermón, las tres novicias se arrodillaron en el escaloncito del altar, y las ceremonias de la profesión empezaron cantando el *Veni, Creator*.

En todas las órdenes religiosas, estas ceremonias son tiernas como el acto á que acompañan. Se asiste á una agonía y á un nacimiento al mismo tiempo. Por una parte cantos tristes, el paño de difuntos, velas ben-

(1) La importante fórmula de este voto, encontrada entre los papeles de San Francisco de Sales, es la siguiente: «Dios mío, yo renuevo y confirmo mis votos de perpetua castidad y obediencia á vuestra Divina Majestad, en la persona del Ilmo. Sr. D. Francisco de Sales, vuestro muy amado y digno Obispo de Ginebra, mi único señor y muy querido padre en este mundo. Dios mío y Salvador mío, yo me abandono irrevocablemente y sin reserva á vuestra divina voluntad y santa Providencia; gobernadme y empleadme en cuanto os agrade, por medio de este gran padre de mi alma que me habéis dado, y concededme la gracia del perfecto amor por medio de la obediencia.»

ditas, una campana que toca á muerto; por otra frentes radiantes, coronas de rosas en las cabezas, cantos de alegría: todos los dolores de la tumba y todas las alegrías de la cuna. Al conformarse San Francisco de Sales á estos antiguos ritos, los modificó según las circunstancias. Su carácter dulce está visible en estas oraciones que escribió por sí mismo, y se nota, sobre todo, el acento de corazón.

Después de haberse cantado el *Veni, Creator*, y habiendo hecho el Santo Obispo oración con las manos extendidas durante un corto espacio de tiempo, la santa Madre de Chantal, con una voz grave y sentada, pero llena de tanto amor que temblaba de emoción, principió así el acto de su profesión:

«¡Oh, cielos, oid lo que digo, y que la tierra escuche las palabras de mi boca! A Vos, ¡oh Jesús y Salvador mío! es á quien habla mi corazón: aunque no soy más que polvo y ceniza, ¡oh Dios mío! yo hago voto de vivir en perpetua castidad, obediencia y pobreza (1). Ofrezco y consagro á vuestra Divina Majestad, y á la sagrada Virgen María vuestra Madre, Nuestra Señora, mi persona y mi vida. Recibidme, ¡oh Padre eterno! entre los brazos de vuestra piadosísima paternidad, á fin de que yo lleve constantemente el yugo y la carga de vuestro santo servicio, y que me abandone para siempre y totalmente á vuestro divino amor, al cual desde ahora me dedico y consagro. ¡Oh gloriosísima, sacratísima y dulcísima Virgen María! Os suplico por el amor y la muerte de vuestro Hijo me recibáis en el regazo de vuestra maternal protección. Escojo á Jesús, mi Salvador y mi Dios, por único objeto de mi dilec-

(1) Después, aprobado ya el Orden de la Visitación, se introdujeron en esta fórmula las palabras siguientes, que se dicen hoy: *Según la Regla de San Agustín y las Constituciones de la Congregación de Nuestra Señora de la Visitación, para cuya observancia ofrezco y consagro á vuestra, etc., etc.*

ción: escojo á su santa y sagrada Madre para mi protección, y á esta Congregación para mi perpetua dirección. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Amén.»

Después de estas hermosas palabras, que cada Hermana repitió por sí sola, la Madre de Chantal y sus dos compañeras se arrodillaron á los pies de San Francisco de Sales, quien puso á cada una en el cuello una cruz de plata, y desdoblado los velos, los puso sobre su cabeza, diciendo: «Esto os será un velo sobre vuestros ojos contra todas las miradas de los hombres, y una señal sagrada para que no recibáis jamás ninguna prenda de amor sino de Jesucristo.»

Luego se echaron en el suelo y se las cubrió con un paño de difuntos, y en esta disposición se las leyeron estas tristes palabras de Job: «El hombre nacido de mujer vive pocos días, etc., etc.» y mientras que los asistentes rezaban el *De profundis*, San Francisco de Sales tomó el hisopo y les echó agua bendita, como se hace sobre un ataúd.

¡Admirable religión, que da á las almas fuerza y valor para prevenir su tumba, sepultarse vivas bajo el paño fúnebre, y que por otra parte no las hace pasar por el sepulcro sino para llamarlas á la honra y fecundidad de una nueva vida.

Habiéndose levantado las Hermanas, los cantos de alegría reemplazaron á los de luto, y tomando el Santo Obispo los tres crucifijos preparados, se los puso en las manos, y la Madre de Chantal dijo en alta voz: «Mi amado es todo mío, y yo soy toda suya; nunca podré abandonarle para mirar á hombre ninguno, porque estoy enteramente unida á él por la caridad, y su bondad es más fuerte que todos los amores del mundo. ¡Oh, Dios mío; desviad mis ojos de la vanidad, y que no me domine ninguna injusticia!»

Se le dió entonces una vela encendida, y dijo: «¡Oh

Señor! vuestra palabra es como lámpara que alumbra mis pasos, y una luz puesta en mi camino. Vuestro resplandor brilló sobre mí, y habéis dado anchura á mi corazón.»

Concluída así la ceremonia: «Id, hijas mías—les dijo San Francisco de Sales,—entrad en vuestra morada, porque el Señor os ha llenado de beneficios.» Se retiraron, en efecto, al coro de las religiosas, separado del santuario por una balaustrada, y al entrar exclamó la Madre de Chantal por una súbita inspiración: «Este es el lugar de mi descanso; en él habitaré para siempre;» lo que se añadió después en la ceremonia de la profesión. La venerable y escogida reunión de personas que llenaba la capilla no podía contener su emoción, y acompañaba con dulces lágrimas el sacrificio de estas santas almas. Algunos de los personajes más distinguidos quisieron saludar á estas nuevas esposas del Salvador, pero el Santo Obispo quiso fuese con mucha brevedad, y les dijo: «Es menester dejarlas en paz todo el día, para que saboreen el don de Dios.»

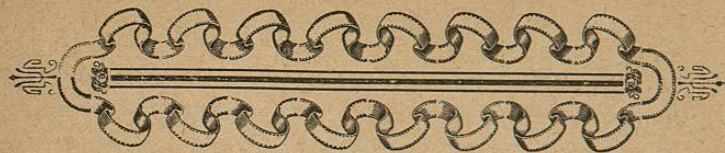
Cuatro días después, el 10 de Junio de 1611, escribía San Francisco de Sales á la Santa este billetito:

«Buenos días, querida Madre mía; esta noche me ha dado Dios el pensamiento de que nuestra casa de la Visitación es, por su gracia, bastante noble y grande para tener sus armas, su blasón, su divisa y su grito de guerra. He pensado, pues, Madre mía, si os parece bien, que debemos tomar por armas: *Un corazón atravesado con dos flechas, encerrado en una corona de espinas; encima, y como plantada en este pobre corazón, habrá una cruz; y en el centro del mismo corazón estarán grabados los dulces y sagrados nombres de Jesús y de María.* En nuestra primera entrevista os diré los mil pequeños pensamientos que me han ocurrido con este motivo; porque verdaderamente, nuestra pequeña Congregación es obra del Corazón de Jesús y de María; el Salvador

moribundo nos dió á luz por medio de su Corazón sagrado, abierto por nuestro amor (1).»

¿Cuáles eran, pues, estos mil pequeños pensamientos que había tenido por la noche San Francisco de Sales, y que quería confiar á la Madre Chantal? Dando el 10 de Junio de 1610, es decir, casi un siglo antes de la aparición de Nuestro Señor á la Beata Margarita María, un corazón coronado de espinas con una cruz encima por armas á su naciente instituto, ¿no cedía San Francisco de Sales á un presentimiento sublime? ¿Había tenido, tal vez, en esta bienaventurada noche, sobre la cual tenemos tan pocos pormenores, la revelación del grande acontecimiento, que debía dar un siglo después tan dulce y suave brillo á la Orden de la Visitación? O bien, Dios que quería dar á un siglo lleno de odios y de ruinas la tierna devoción á su Corazón sagrado como un consuelo y una esperanza, ¿escogió á este efecto á la Visitación, para recompensarla el haber tomado por armas desde su cuna este corazón coronado de espinas, y haber, digámoslo así, como dado la primera pincelada de esta hermosa devoción?

(1) *Cartas inéditas*, 10 de Junio de 1611.



CAPÍTULO XIV

La casita de la Galería.

1611—1612

HASTA ahora San Francisco de Sales no se había ocupado más que en preparar á sus tres primeras hijas para la vida religiosa. Pero ya que habían hecho su profesión, era menester dar principio á organizar el Instituto, encaminándole decididamente á su objeto, trazándole las reglas y constituciones por las cuales debía regirse. El año que acababa de concluir, en nada había hecho cambiar las disposiciones generales del Santo Obispo. Se proponía siempre acoger á las personas piadosas, cuya débil salud no las permitía entrar en las Carmelitas, Dominicas y Clarisas, consagradas á las austeridades corporales; reunir las y darles Constituciones dulces en relación con la delicadeza de su temperamento, aplicándolas á servir á los enfermos. Su primer cuidado, en consecuencia, fué hacer cesar la clausura absoluta que había establecido para el año de noviciado, y arreglar el modo con que se debía visitar á los pobres y enfermos, fin decidido del Instituto. Pero como la comunidad era aún tan poco numerosa, que sólo se componía de tres profesas, resolvió que el servicio de los pobres no principiara hasta el 1.º de Enero de 1612, y así contaban con siete meses